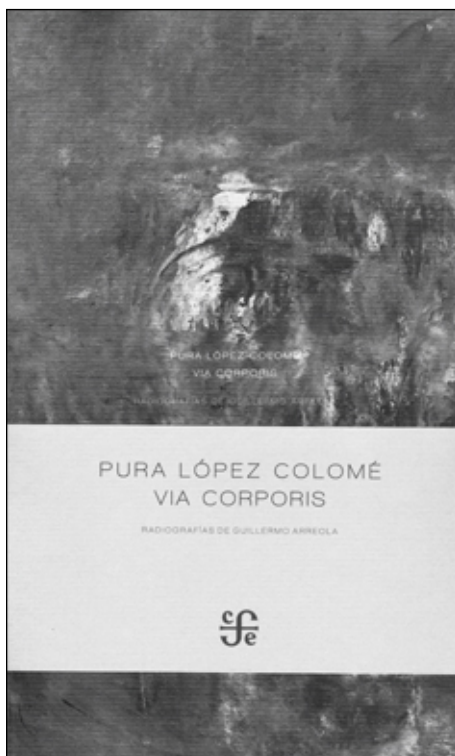


Pura López Colomé

Escritura, imagen, enfermedad

Tedi López Mills

“¿Con quién estoy hablando?”, pregunta López Colomé en el poema “Hemorragia interna”. Quizá con el *tú* que está por todas partes en *Via corporis*. Ingeniosamente, podría proponerse que la acumulación de ese pronombre no equivale a un *quien*. ¿Pero de qué serviría el acertijo? Ningún *tú* es igual a otro; pretexto, interlocutor, testigo, verdugo, vigilante, espejo, máscara, radiografía, palabra que se desquita carcomiendo al *yo* que interfiere para contar una de sus historias esporádicas, casi temerosas. “¿Es solipsista a fondo el pensamiento?”, pregunta López Colomé en “Muerte ilusoria”. No sé qué sea “a fondo”: algo así como un sedimento donde se borran las huellas. Sin embargo, en la superficie se entiende otra cosa, aunque su presencia se defina en términos negativos: un “como si hubieras estado sin estar”. No es una paradoja, sino una solución: el *tú* es *yo* porque sólo habla consigo mismo, en secreto, en voz baja, con cierto pudor porque cualquier presente se transforma en un pasado redundante. “Hay alguien aquí”, declara López Colomé en “Telepatía crónica”; y yo, al menos, no siento el menor alivio, pues el *alguien* amenaza con poner en riesgo —es decir, curar— la fractura de esta vía negativa: juntar las partes, darles una armonía pasajera a las imágenes en las placas o en los colores que las cubren o las transfiguran para que se apuntalen con “actos paralelos”. Y no se trata de eso, no se trata de restablecer una normalidad inteligible en las letras que cautivan por el mero hecho de su melodía bien temperada, sino de la escritura y de la imagen atadas una a la otra como una enfermedad. “Toda historia clínica es cínica”, escribe López Colomé en “Fuego extinto de Santelmo”. El malestar es definitivo y



definitivo cuando se expresa con palabras exactas que, en ningún momento, van a desviarse, cambiar de tema, aligerar la aflicción. ¿Para qué? Los surcos del dolor son los lugares del tiempo que no pasa porque se detuvo en un punto preciso: “El amanecer era ya de otro país”. Si hubiera digresiones, el cinismo le pertenecería de nuevo a la poesía, sin consecuencia alguna; otra rutina hermosa, metáforas diseñadas para que no se distinga la sombra del yermo. Un fuego fatuo que siempre esconde al que sigue. Y luego los fabrica en serie.

En *Via corporis* no hay artificios para entretenerse; las suturas no se desprenden; los versos se caen sin encabalgarse decorativamente, se desploman en estanques de prosa donde el *tú* y el *yo* juegan a ser personas, pero apenas logran mantenerse

de pie. ¿Cómo se hace eso? Lastimándose con la expectativa:

Ahora la imagen chica
se come a la grande,
sordomuda
de emoción.
Al fin.

Al fin
obra
de arte
natural.

Uno, por mala o buena costumbre, busca el desenlace. Tendría que estar al final. En su lugar surge otra pregunta que nos lleva al principio: “¿Hay una vida antes de la muerte?”. Sería demasiado fácil decir que los poemas de este libro resuelven el dilema o la hipótesis de la existencia con una idea: se muere antes de vivir. También sería demasiado fácil suponer que son la explicación de las radiografías dislocadas que los acompañan de modo perturbador, afantasmado. El conflicto es persistente: formas de vida alteradas en una serie de placas y poemas que no se salvan usando esas formas como subterfugios. No hay trueque; la muerte lleva la delantera. Deslumbra releer así el destino, con la promesa aventurada de que uno volverá a vivir si acepta morir. Planteado de esa manera, en realidad no se cierra el círculo: queda abierto. Es la apuesta brutal de *Via corporis*. Yo divagué en su trance desmedido. El libro otorga lúcida y dilatadamente esa licencia poética. **u**

Pura López Colomé, *Via Corporis*, radiografías de Guillermo Arreola, FCE, México, 2016, 192 pp.